

MANDARSE MUDAR

Dicen que en el instante antes de morir, la vida de cada cual pasa ante sus ojos como un relámpago. Una cosa semejante, aunque no tan instantánea, es mandarse mudar. Sobre todo cuando uno pretende cambiarse de una casa grande a una más pequeña.

Toca, en estos casos, abrir todos los cajones, revolver en todos los altillos, bajar de las estanterías libros y álbumes que no se han tocado en cinco o más años. Esos papeles, enseres, objetos y libros encontraron su lugar y allí durmieron su sueño, sólo acariciados, de vez en cuando, por el paso del plumero.

Además de encontrar un sinnúmero de cachivaches que ya no utilizamos o que no sirven para nada, pero que guardamos por si acaso, nuestra vida pasa delante de nuestros ojos. Allí estaban, perdidas en un cajón, las fotos sobrantes de carnet, que nos van marcando el paso del tiempo y nos enfrentan a nuestro deterioro, aunque también nos reconcilian con nuestro pasado que alguna vez fue mejor.

Entre esas fotos, están las de personas que ya no están con nosotros o las de nuestros hijos cuando eran niños, y ello nos produce una oleada de melancolía y ternura. Se nos escapa una lágrima o se nos dibuja una leve sonrisa. Es curioso también darnos cuenta de que nos cuesta reconocer eventos y lugares donde estuvimos y en los que aparecemos felices y contentos. Así mismo se nos hace difícil recordar la ocasión en que aparecemos con gravedad en ambientes profesionales, rodeados de colegas, pero no conseguimos poner fecha a la fotografía, ni saber con seguridad qué estábamos haciendo allí.

Entre esas fotografías, recogidas en los álbumes y cuidadosamente ordenadas por fechas, aparecen las de personas que un día nos fingieron amistad. El primer impulso es el de tirar a la basura esas fotos, pero, al mismo tiempo y no por masoquismo, deseamos conservarlas para que su recuerdo nos mantenga avisados contra los falsos amigos.

Qué decir de los libros de cuyas páginas se desprende una carta, un recordatorio de comunión o deceso. Producen esos hallazgos una cierta conmoción, semejante a la de las fotografías. No recordamos la cara del remitente o del difunto o del niño comulgante y nos quedamos pasmados ante el mensaje de alguien y algo que ocurrió y que se ha borrado de nuestras vidas. O lo recordamos con tanta viveza como si hubiera sucedido el día de ayer. Sobre todo, si se trata de cosas muy antiguas. Es curiosa esa memoria de lejanía que absorbe a la de cercanía y nos marca el punto de la vejez.

Esto de hacer mudanza es efectivamente una catarsis. Es como un examen de conciencia. Los objetos nos hablan de nuestros aciertos y fracasos, de las ilusiones y las frustraciones, de los engaños y de los encuentros felices. Nos obligan a renunciar y a aceptar. ¿Qué tirar y qué conservar? Ese gran dilema de las opciones y en particular el problema de los apegos. Qué difícil resulta desprenderse de algo absolutamente inútil, pero que nos trae a la memoria días felices o experiencias notables.

No voy a insistir en que no queda más remedio que tirar cosas, porque no tendrán lugar en nuestra nueva casa, pero sí señalaré cuántas cosas hay que tirar porque ya no sirven y no porque estén en mal estado, sino porque la vida ha cambiado y ya no le sirven a nadie, por muy diversos motivos. Pongamos el caso de las Enciclopedias. Pongamos el caso de los abrigos de piel. Pero lo peor son esas cosas que casi rozan las antigüedades y que si vas a venderlas, nadie las quiere, pero si las vas a comprar, valen un congo. Los discos de vinilo, por ejemplo, o las cintas de cassette. Qué decir de los libros antiguos o de piezas de plata que sólo sirven para entregarlas en un ‘compro oro’ y que las fundan.

Tampoco voy a insistir en el por qué de tanto acumular y en que debemos ser más frugales y menos apegados a las cosas, que ello es virtud. Aunque quiero señalar que las cosas, sobre todo aquellas que proceden de hace sesenta, setenta o cien años, tienen más vida que muchas personas y, por ello, merecen un respeto y no que se las trate como piezas inservibles. Por supuesto que los relojes digitales son más precisos que los de péndulo, pero, ¡por Dios! algunos de estos últimos le han marcado la vida a cuatro generaciones: ¿Hay que tirarlos, sin más?

Mandarse mudar es saludable. Permite explorar nuevos territorios, renovar la ilusión, es un reto a nuestra capacidad de adaptación al medio, pero efectivamente es un poco como morir, al ver pasar ante nuestros ojos toda nuestra vida y saber que aquello que hicimos, lo hicimos porque no sabíamos hacer otra cosa. Que aquello en lo que acertamos, fue porque Dios es bueno. También es bueno porque dejamos atrás a gente fastidiosa, que ya no nos importará, porque no volveremos a verla y nos dará la oportunidad, en la distancia, de perdonarla, como en el otro mundo dicen que será.

En fin, además de rellenar cajas con cuidado, hay que encomendarse, como siempre, a la misericordia de Dios, como al morir.